RUEDAS, VIDA Y OTRAS DIVERSIONES MATEMATICAS

En este libro se han reunido falacias, juegos geométricos y paradojas clásicas como "la rueda de Aristóteles". También se incluyen divertidas anécdotas de famosos matemáticos y creadores de acertijos.

Martín Gardner, Editorial Labor, Barcelona, 1988, 273 pp., $ 7.895.

LA MARCHA RADETZKY

Novela que retrata el mundo de los Habsburgo en tiempo del Emperador Francisco José. El autor es un escritor profundo, buen crítico de una época que vio sus finales esplendores antes de consumirse en la "Gran Guerra". Sin recurrir al aparato sicológico, define los caracteres de sus personajes y los convierte en personas.

Joseph Roth, Traducción de Arturo Quintana, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1990, 349 pp.

PAGINA MARINA*

COMBATE NAVAL DE IQUIQUE• 21 DE MAYO DE 1879

I

Envuelta en tenues nubes despierta la
/ alborada;
y mientras diseñando va el cielo su esplendor,
dos frágiles barquillas rondando la ensenada
pasean frente a Iquique de Chile el tricolor.

La Covadonga es una, la otra es la Esmeralda;
que en tanto que hacia el norte, en temerario
/ albur
buscando van los suyos del triunfo la guirnalda,
entrambas el bloqueo mantienen en el sur.

Por rancias rezagadas aquellas dos barquillas,
al tedio de su inercia fastídianse en el mar;
son febles sus cañones, sus máquinas, sus
/ quillas...
mas ¡ay de aquel que intente sus nombres
/ mancillar!

La Covadonga, en tanto, que cruza mar afuera,
dos leves humaredas divisa hacia el confín;
de "buques a la vista" hace señal y espera:
son naves enemigas... ¡y de ella acaso el fin!

A su comando Condell, fogoso sin empate,
y espada que en la vaina pugnaba a no caber,
el niño en sus ternuras, el león en el combate,
jadeante hacia su jefe dirige su bajel.

La Independencia y el Huáscar, de que hace
/ tanto alarde
y en que el peruano cifra los lauros de su afán,
surcando se aproximan las aguas que más
/ tarde
con sangre de gigantes sus olas teñirán.

Ya a puerto la goleta, al habla se coloca
con Prat, que en su Esmeralda dispone el
/ cruento adiós;
y parco éste en palabras como a su temple toca;
"¿Ha almorzado la gente?" pregunta en alta
/ voz.

Contesta ansioso Condell y la orden
/ consiguiente
a aquella frase a secas, urgiéndola de Prat,
"¿Qué haremos?" le pregunta, si bien que lo
/ presiente;

---

* Sección que presenta al lector cortos textos literarios de clara ambientación marina. Pueden provenir de colaboraciones originales e inéditas, remitidas especialmente, o ser reproducidas de textos aparecidos anteriormente en *Revista de Marina*, o bien extractos de obras ya publicadas que han devenido en verdaderos clásicos en su género.

• Esta narración poética, de autor desconocido, ha sido conservada por muchos años por don Julio Pizarro Arancibia, quien gentilmente la ha facilitado para su publicación.

"Pelear, seguir mis aguas", responde el jefe.
/ —"Ol rait".

De pronto entrambas naves revienta una
/ granada
del Huáscar, que a lo lejos intima rendición;
pero el orgullo patrio alenta en cada espada
y un rayo es desde el tope al hueco del cañón.

Mas Prat, que en sus retratos adiós dio ya a la
/ esposa
y a sus pequeños hijos, llorándoles tal vez,
sereno sobre el puente, do ya el titán se esboza,
tocar manda silencio, solemne en su altivez.

"Muchachos", clama el jefe con voz templada y
/ llena;
"jamás en la contienda se arrió ese tricolor;
no arriarlo es mientras viva lo que el deber me
/ ordena;
si muero, toca al vuestro cumplirlo con honor".

Un viva estalla unísono, el viva que condensa
en una sola nota la voz de una nación;
rendirse fuera un crimen; para ellos la
/ vergüenza,
y escarnio para Chile de una alta tradición.

Atronan la cubierta los ecos varoniles;
cada uno hacia su puesto va en pos de gloria y
/ prez;
y rugen por los aires los roncos proyectiles
que abriendo irán la fosa de mártir a los pies.

Al frente la Esmeralda dirígese de Iquique
para oponer su pueblo por blanco al monitor;
de fijo está perdida; se irá por cierto a pique...
mas se hundirá a su tope, sin mancha el tricolor.

No puede el bravo Condell seguir sus mismas
/ aguas;
al sur la Independencia lo empuja con afán:
y aisladas combatiendo aquellas dos piraguas,
con un blindado al frente sus fuerzas medirán.

II

Sigamos desde luego a la senil goleta,
que suya ve ya Moore sin preámbulos ni ardid;
pero el cañón estalla que a combatir lo reta,
y a asegurar se lanza su presa en franca lid.

Si ofrece, por compleja, la lucha colectiva
al débil la esperanza de auxilio o salvación,
no habrá en la que aquí empieza sino una
/ expectativa;
pelear, morir matando y en alto el pabellón.

Así dispuesto, Condell y su segundo Orella,
dos robles que allí a una tornáranse en alud,
entrambos los campeones serán de la querella,
sin otros horizontes que un mar por ataúd.

Tras hábiles maniobras, ganar logra el marino
su ruta hacia la orilla urdiendo un plan de
/ acción.
Allí le arrastra el genio que guía su destino,
alúmbrale en su marcha su estrella y su
/ intuición.

Mas, luego otro peligro le asalta hacia la playa
que el fuego intensifica de su ímpetu febril;
lo acosan con el monstruo que haberlo piensa a
/ raya,
de tierra y de las lanchas los fuegos del fusil.

No importa, no es empresa batir esa cortina
de fuegos que muy pronto el polvo han de
/ morder;
su fiera guarnición de soldados de marina
a rifle a los intrusos consigue enmudecer.

Aunque el cañón apenas si azota la coraza,
cada uno a su estampido revive en torno a él,
como si ahí los triunfos bullaran de su raza
y su eco en sus cañones golpéara a su bajel.

La Independencia a proa su gran colisa ostenta
donde uno a uno el rifle los tumba al asomar;
y a par que entre alusiones se lleva el tiro en
/ cuenta,
al molde se aderezan del chiste popular.

¡Y he ahí apuntando el roto: travieso en sus
/ rigores;
soberbio en la pelea y humilde en el redil;
altruista en sus miserias; entero en sus dolores
y siempre en sus crudezas lo ingenuo o lo
/ gentil!

La nave va haciendo agua. Ya el hierro ha
/ abierto brecha
y el cuadro asoma en torno de sangre y
/ destrucción;
pero un pendón tremola que al mástil los
/ acecha,
y vale allí a su ambiente cada hombre una
/ legión.

Aunque el efecto estéril, entre expansiones
/ locas
se aclaman los impactos de Orella siempre el
/ fiel,
mientras la nave herida, campeando entre las
/ rocas
su dueño ve a su jefe, jinete en su corcel.

Dejemos allí al héroe en tan supremo instante,
y a Moore, que ya hastiado provoca la
/ explosión.
La lucha va a su crisis del niño y del gigante:
veamos cuál se baten la hormiga y el león.

III

Aquí está la Esmeralda: allá el celoso
de su anhelada presa haciendo alarde,
que en su escuadra ingresar ve ya orgulloso,
aunque aún su entrega por pudor retarde.
Rendir pretende el pabellón glorioso
para allí el suyo perpetuar más tarde;
justo es su intento y encomiable y bueno;
mas no se rinde un capitán chileno.

En vano es en prueba de fuerza ufano
las fibras enervar de esos valientes,
y al recio estruendo del cañón peruano
ante él sumisas doblegar sus frentes.
¡Pretenderlo es soñar; es torpe, insano;
arrostran el peligro indiferentes,
y de la patria a su inducción postrera,
en cada corazón prende una hoguera!

¡Pero armas no hay de acción! ¡De sus cañones
rebota el proyectil en el blindaje.
Sólo hay en la Esmeralda corazones,
bronce en los pechos y sin par coraje!
¡Su consigna acabar es como leones
y a su patria ensalzar en su linaje
que honra es del bueno, si el valor le abona,
discernirle en su sangre una corona!

Ya cesan los disparos. La agonía
prolóngase del mártir. Grau espera
que el tiempo haga su obra y a porfía
intima rendición con su bandera.
Filósofo esta vez, quizás confía
en que a mezquina reflexión cediera,
y en esa tregua de inacción cobarde
faltase el fuego que en sus venas arde.
Toca al corneta, un niño, darle en breve
con sus toques macabros la respuesta;
y al que intimar la rendición se atreve,
él en las treguas del cañón contesta.
Impaciente ya Grau, el golpe aleve
a concertar sin vacilar se apresta;
y al espolón, ya listo el escarmiento,
la carga emprende con furor sangriento.

Aquí se alza de Prat la gran figura
por su temple a irradiar predestinada;
modestia, abnegación y alma tan pura
como la causa que exaltó su espada.
Modelo en el hogar; ciencia y cordura;
del deber militar norma acabada;
y si esto apenas si bosqueja al hombre,
digno es como héroe de imponerse al nombre.

Al combate su mente ha concretado
y su alma el capitán, que sobre el puente
al fin se apresta, que del gran blindado
en la proa apuntar ve frente a frente.
Nunca hubiera campeón más orientado
ni actuación, por su fin, más trascendente;
de ellas las bases surgirán del templo
que a alzar va a Chile su fecundo ejemplo.

Vedle ya que a mostrar va su pujanza
al vampiro del mar, que al golpe rudo
del temible espolón metrallas lanza,
que sólo la obsesión lanzarlas pudo.
Indigna al capitán tan ruin matanza;
a un fin buscando edificante y crudo,
hacia el Huáscar abriéndose pasaje,
"¡Muchachos, clama en alto, al abordaje!"

Sólo logran trepar un marinero,
que próximo se está, y el bravo Aldea,
que —en alto al jefe en centellante acero—
la suerte arrastran que a su ejemplo sea.
Los tres disputándose el morir primero
sobre el Huáscar llamando a la pelea,
mientras la guardia a sus troneras calla
y, oculto el rifle, de improviso estalla.

¡Una bala acertó. Bala maldita
que en su avance al torreón tumba al coloso.
Luchan los suyos, que en tan cruenta cuita
el turno aguardan de su fin glorioso!
¡Mas aun del héroe el corazón palpita;
y en la vorágine del pelear rabioso
su rifle en hacha cambió inconsciente
aquel enceguecido que destrozó su frente!

¡No imaginó el peruano que otra aureola
le forjara al titán en su honda herida,
y esa sangre a rugir fuese en la ola
que más tarde estallar vio en su guarida!
¡No pensó que esa acción, torpe en sí sola,
que en la del mártir radicó en seguida,
un don fuese a aquella alma necesario
que la cruz fabricó de su calvario!

IV

Mas sigamos a Moore en su tarea,
ya dispuesto a que su obra no demore,
aunque presa del mar la barca sea
y de él celoso su botín devore.
Ya en Punta Gruesa, como aún no vea
que al fin rendida su perdón implore,
cual Grau, resuelto al espolón avanza,
sediento de victoria y de venganza.

No lo arredra, no a Condell, del gigante
la maniobra fatal, do halla el marino
un recurso a su ardid; y hosco, anhelante,
de las rocas al ras corta el camino.
Allí lo envió su estrella y delirante,
perturbado ya Moore, ya sin tino,
sin prever el calado en su despecho,
el golpe apreste de furor deshecho.

La Covadonga, en tanto, enarbolada
mantiene su bandera. Ya muy luego
será por el Goliat aniquilada,
que a castigarla se abalanza ciego.
Pero un grito retumba: "¡Está encallada!"
Un viva estalla y se redobla el fuego;
y el gigante, mugiendo entre peñones,
el trapo del perdón bate en jirones.

Pero otra lid empieza, do hubo Orella
en su obra un nuevo galardón de gloria;
salvar la nave y transportar con ella
a su patria el blasón de su victoria.
El mar la invade; del cañón la huella
transmina el casco, que se torna en noria;
pero el milagro se operó... y muy luego
en Chile contra Grau rompía el fuego.

¿Fue el gran triunfo previsto? Eso varía,
ya que era lo posible en lo improbable,
y que una sabia táctica inducía
a hacerlo en cualquier caso aventurable.
Condell nada apuntó; mas, sí tendía
a un azar que en su plan creyera viable.
No fue, aunque afortunado, un adivino;
fue más en gloria de él; fue un gran marino.

V

¡La Esmeralda, acá, en tanto, empedernida,
ni al hierro cede ni al cañón distrae;
y aunque en antro de muerte convertida,
templo augusto de gloria es del que cae.
Asume el mando Uribe, el alma hendida
por la acerba misión que allí contrae.
Ignora que el duelo que él prolonga
segando va su mies la Covadonga!

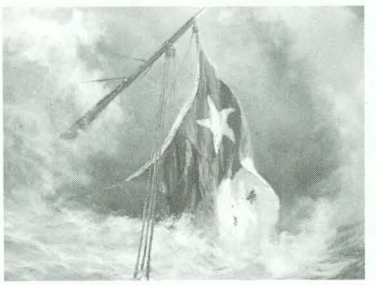
¡Dejad que el monitor siga por grado
cavando allí el abismo; nada importa;
ni esos hombre al lema allí inmolados:
Un detalle es, no más, que el plazo acorta!
¡Todos marcan su fin, a un haz ligado
y una sola es la ley que los exhorta;
que, un culto en ellos, otro afán no impera
que el de la gracia de expirar por su bandera!

Resuelve Grau finiquitar su hazaña
y de nuevo a embestir se lanza ufano;
por tierra ve ya al león, pero se engaña;
lo que antes lo hizo un Prat lo hará un Serrano.
Tal cual su jefe, por su estéril seña,
su hondo desdén demostrará al peruano;
y doce hombres con él, de furia llenos,
sobre el monstruo a morir van como buenos.

¡Y aún luce al tope la gentil bandera,
que más amor en la contienda inspira!
Si allí el chileno está, que la venera,
un enemigo al frente hay que ya la admira.
¡Ah, también morirá! La suerte fiera
la arrastra ya a su fin... ¡Nunca, mentira!
¡Mientras más por luctuoso este hecho
/ asombre,
tanto más alto brillará su nombre!

Tres horas largas van. La navecilla
apenas si surcar puede el océano
y por tercera vez la férrea quilla
apunta en ella el monitor peruano.
Nadie, no obstante, la cervis humilla;
contra tanta entereza todo es vano;
y de aquella hecatombe al torbellino,
más pujanza moral cobra el marino.

¡La nave está hecha trizas. Lentamente
a hundirse empieza como sol de ocaso;
yérguese Uribe impávido en su puente,
sordo al oleaje que le entreabre el paso.
Muge el agua al golpear, brava, imponente;
truena un disparo... de Riquelme acaso;
un viva se oye que pavor infunde...
y húndese el buque... y la bandera se hunde!

VI

¡Tal fue el combate que la historia graba
como a la gama del ideal un canto;
con él la faz del heroísmo acaba;
se alza a su trono el patriotismo santo!
¡La patria absorta su esplendor alaba,
pugnando en su honda admiración el llanto;
y el chileno, cantando a su memoria,
digna epopeya mantendrá de gloria!